

Nacionalismo, lenguaje e identidad colectiva

Ramón Alvarado *

El nacionalismo ha sido psíquico –es decir un sueño de seres vivientes– antes de ser estructural –es decir la expresión de una sociedad.

ROGER BASTIDE, 1963

Un estado, una cultura, una lengua ¿una religión?

Aún en el mundo actual, convulsionado y proteico, los discursos y símbolos que conforman la cultura del nacionalismo, aportan "ingredientes" fundamentales a la conformación de identidades/alteridades, individuales y colectivas.

Paradójicamente, la exaltación nacionalista parece resurgir con particular virulencia en una época en la que las formas del Estado-nación y las "economías nacionales" se encuentran en plena reestructuración.

En nuestros días -así como en el pasado cercano- la puesta en circulación de símbolos y discursos, de referentes y representaciones propios del nacionalismo, ha dado lugar a desgarradores conflictos internacionales o inter-étnicos, al surgimiento de una serie de violentas acciones "espontáneas" y a la recepción masiva de programas políticos marcados por la xenofobia, el racismo y una intolerancia manifiesta ante la *otredad*. Aparentemente, las ideologías nacionalistas acusan una tendencia inexorable a la "perversión": el patriotismo, la construcción imaginaria de amenazas externas y "enemigos de la Nación", la desconfianza profunda frente a todo aquello que es ajeno -comportamientos, creencias, valores o ideas- parecen ser un corolario inevitable de esta orientación política. Se ha dicho incluso, que las doctrinas nacionalistas incorporan formas "más o menos monstruosas de ideologías holistas" (Todorov, 1989: 435). No me

* Profesor e investigador del Departamento de Educación y Comunicación de la UAM Xochimilco.

propongo examinar aquí, a la luz de los documentos de la historia, estas "degeneraciones" doctrinales, tampoco pretendo someterlas a la criba única del análisis político. Intento, más bien, plantear una serie de interrogantes sobre las mutaciones del imaginario nacionalista: ¿Cómo se conforman, en la actualidad, las representaciones sociales que permiten, tanto a los individuos como a los grupos sociales, construir su propio *sentido de pertenencia* a una comunidad -política y territorialmente bien definida: la Nación? Me pregunto -haciendo mía la formulación de Habermas (1989)- si aún son vigentes las funciones de integración y cohesión sociales atribuidas a la identidad colectiva más importante de la cultura moderna: la identidad nacional. ¿Nos encontramos quizá ante una refuncionalización de la misma? ¿en qué medida han cambiado los modos de elaboración, circulación y apropiación de los discursos y símbolos del nacionalismo? ¿cuál es el papel del lenguaje en la construcción de las identidades colectivas? ¿cómo interviene la memoria colectiva, las representaciones esquemáticas del pasado, la historia, en la elaboración de un *sentido de pertenencia*? Ante tales cuestiones, multiformes y complejas, no soy el primero en experimentar una aguda perplejidad y en reconocer mis incertidumbres ante "la opacidad del fenómeno nacional". Admito, con R. Bartra (1987: 15), que: "La nación es el más hallado y a la vez el más impenetrable de los territorios de la sociedad moderna".

En la abundante literatura que analiza el fenómeno del nacionalismo, se le describe a menudo como un conjunto sistematizado de ideas políticas, como una ideología elaborada por una *minorité agissante*, esto es, por un restringido grupo de pensadores y propagandistas. De este modo, la complejidad del imaginario nacionalista -un vasto campo de símbolos, imágenes y discursos- se reduce a la sola dimensión ideológico-política. Me parece que es de vital importancia explorar, en cambio, las perspectivas de la nación "desde abajo"¹; ya no desde el punto de vista de los portavoces e ideólogos del nacionalismo sino desde la peculiar visión de las capas sociales, los grupos étnicos, u otros, que conforman la macro comunidad nacional. En

¹ El término es de E. Hobsbawm (1992: 21). Señala que al estudiar el nacionalismo nos encontramos con un doble fenómeno, "esencialmente construido desde arriba, pero que no puede comprenderse si no lo analizamos también desde abajo, es decir a partir de las hipótesis, esperanzas, necesidades, nostalgias e intereses -que no son necesariamente nacionales y menos aún nacionalistas- de la gente ordinaria." (Salvo indicación contraria, las traducciones de los pasajes citados a lo largo del texto son mías.)

otras palabras, me coloco al margen -sin negar por tanto sus aportaciones- de la corriente de investigación que se ocupa de la génesis histórica de *una* nación concreta o de la progresiva conformación de *una* conciencia nacional². En mi opinión, es necesario estudiar la pluralidad de los modos de elaboración de las "identidades nacionales" que corresponden a diversidades regionales, sociales y culturales.³

En el contexto de este trabajo, las nociones "identidades nacionales" y "nacionalismo" -que se recubren e intercambian constantemente- no aluden entonces, al conjunto de emblemas y proposiciones que resumen una supuesta esencia "nacional"; tales términos designan, en cambio, los modos de elaboración e interpretación sociales del *sentido de pertenencia* a una comunidad política y territorialmente definida: la Nación. Dichas construcciones de sentido -las identidades nacionales⁴- son, hay que señalarlo claramente, producto de un proceso de modernización reciente; esto es, se encuentran profundamente imbricadas con "modelos" culturales y cognitivos vigentes en sociedades complejas organizadas en torno de la figura del Estado. Cabe señalar, en este punto, que el nacionalismo es una curiosa simbiosis entre cultura y Estado (Véase Gellner 1991, pp. 28 y ss.). En consecuencia, habrá que considerar al nacionalismo, esta forma *moderna* de identidad colectiva, ya no como una simple ideología política, sino como un complejo proceso, históricamente marcado, que articula un aspecto propiamente político con otras dimensiones: socio-culturales y cognitivas. En la historia contemporánea, los movimientos nacionalistas⁵ no sólo expresan una voluntad de transformación de la territorialidad o la institucionalidad políticas; en buena medida, han sido un punto de partida de una serie de cambios fundamentales en los mapas económicos, sociales, culturales y cognitivos.

² Sobre este último tema y para el caso mexicano, véase el extraordinario estudio de Jacques Lafaye, *Quetzalcóatl y Guadalupe* (1977)

³ No olvidemos que los distintos grupos y franjas sociales se inscriben, a su vez, en diversas tradiciones culturales, locales o regionales.

⁴ Prefiero introducir el término en plural ya que, es evidente, no existe en ninguna parte una sola idea de nación, ni tampoco una identidad única y monolítica compartida irrestrictamente por los distintos grupos y regiones que conforman un país.

⁵ Me refiero a los movimientos que caracterizaron la etapa de formación de los modernos Estado-Nación en Europa occidental y en América, hacia fines del XVIII y a todo lo largo del XIX, como a aquellos típicos de luchas anticoloniales en el mundo de la postguerra.

Nos encontramos entonces, ante un rico campo de elaboración colectiva de imágenes y lenguajes; se trata, en otras palabras, de cierto universo de sentido organizado bajo forma de *configuraciones simbólico-discursivas*. Esta imbricación de imágenes, símbolos y discursos nos obliga a considerar al nacionalismo como un proceso cultural complejo y ya no como una simple colección de textos o declaraciones político-filosóficas sobre la "nación", su origen o su destino. Más allá de los discursos fundadores o canónicos de una nación, las configuraciones simbólico-discursivas del nacionalismo se alimentan de una cauda de significados de orígenes diversos: imaginarios colectivos, representaciones sociales, mitos, creencias religiosas, etcétera. Por otra parte, este "universo de sentido" se ha cristalizado también, en las diversas formas de interacción verbal, socialmente constituida, canciones populares, relatos épicos, máximas y dichos, etcétera.

En este dinámico proceso de elaboración e interpretación simbólico-discursiva, la cultura del nacionalismo, el lenguaje juega un papel fundamental. Asignar al lenguaje un lugar específico en la dinámica construcción y deconstrucción de los mundos sociales, es una de las preocupaciones fundamentales de nuestro ensayo. En torno a esta problemática me identifiqué plenamente con el razonamiento aforístico de C. Geertz (1991), quien sugiere que formular "el problema de la lengua" equivale a plantear "el problema de la nacionalidad en pequeño".

La verdadera patria: ¿la lengua nacional?

De un mundo dado en todos sus detalles, ya ahí, predeterminado en su transcurso evolutivo,... hemos pasado a un mundo que debemos considerar, desde el comienzo y en cada una de sus fases, como nuestro co-producto.

L. KOLAKOWSKI, 1973

La mayoría de los estudios que se ocupan de los nacionalismos atribuyen al lenguaje -al idioma común- un lugar central en la construcción de las identidades nacionales. En otras palabras, confieren a la lengua *única* un rol de primera línea en la conformación de la Nación-Estado. Se le considera ni más ni menos como un ingrediente básico de ese compuesto que son las naciones: historia y territorio,

lengua y cultura comunes. Sin embargo, en esta centralidad lingüística, se perciben claramente los acentos ideológicos del tardío Iluminismo y el Romanticismo. Las concepciones de la lengua forjadas por estas corrientes de la filosofía y la estética occidentales gozan aún, en la actualidad, de enorme influencia. Subsisten en la idea, comúnmente aceptada, de que la *lengua única* es prueba irrefutable de una identidad nacional.

Este argumento profundamente seductor y convincente —reelaborado sucesivamente por distintas teorías del lenguaje— ha dado lugar a una serie de simplificaciones extremas entre las que se encuentra, como ya dijimos, la ecuación: una lengua = una sola conciencia nacional o la misma percepción de la realidad.

Sin lugar a dudas, el programa de modernización de las sociedades contemporáneas se orientó hacia una fuerte integración y unificación de la diversidad cultural, promovida fundamentalmente a través de la centralización educativa y el desarrollo de la comunicación impresa. En este *élan*, la unificación lingüística estuvo llamada a jugar un rol de primera línea. La tendencia a la homogeneización de las variedades dialectales y la asimilación o supresión de otras lenguas en favor de una lengua oficial y única, ha sido laboriosa y pacientemente reforzada desde los comienzos de los "tiempos modernos". En esta tarea de valoración de la lengua nacional —una sola, la oficial y dominante— y de su sublimación creativa en la literatura —clara expresión de la genialidad de los pueblos que la hablan—, se han empeñado muchos hombres de genio.⁶ Mencionaré enseguida sólo algunos de estos pensadores e intentaré resumir los argumentos que han venido a reforzar una centralidad lingüística en las teorías del nacionalismo.

Johann Gottfried Herder (1744-1803) sugirió que toda comunidad humana construye una visión concreta del mundo en estricto acuerdo con las peculiaridades de su lengua nacional. Para Herder, la lengua conforma el depósito natural de las ideas y la cultura de esa misma comunidad.⁷ Wilhelm von Humboldt (1767-1835), hermano mayor de un conocido nuestro, el explorador y naturalista Alejandro (1769-1859), pretendió a su vez, desarrollar una teoría

⁶ Cabe señalar, que en la tarea de elaboración del capital simbólico de una nación emergente una lengua y una literatura propias, se han involucrado grandes talentos. En el caso de nuestro país, la obra de I.M. Altamirano es un claro ejemplo de esta formidable empresa intelectual.

⁷ Véase N. Merker y Formigiari, L. 1973

general del lenguaje que describiera los rasgos idiosincráticos de los pueblos. En el marco de dicha teoría, Humboldt (1836, trad. cast. 1990) puso un énfasis particular en la relación entre lengua y mentalidad del pueblo que la habla.

En la recepción de las ideas elaboradas por Herder primero, y W. Humboldt más tarde, la lengua nacional se concibe como una entidad virtualmente homogénea, comparable a otras entidades abstractas y unitarias: "pueblo", "carácter" o "genio" nacionales. Por otra parte, es indudable que la ecuación entre lengua, literatura e idiosincrasia nacionales, formulada por estos autores, ha marcado profundamente al pensamiento contemporáneo.

A partir de esta matriz filosófica, se conformó una larga tradición en los estudios del lenguaje que busca establecer una correlación fuerte entre los usos del lenguaje y la identidad individual o colectiva. Así, en los años de transición del siglo XIX al XX, Jan Baudouin de Courtenay (1900)⁸ se propuso explorar las interrelaciones entre los procesos lingüísticos y los procesos mentales. Retomando algunas formulaciones de Herder y Humboldt, consideró a la lengua como "visión del mundo", esto es como una "actividad" o instrumento mediante los cuales los hablantes organizan su muy peculiar modo de pensar. Estas preocupaciones han sido recogidas también, por uno de los fundadores de la lingüística moderna: F. de Saussure. En una carta dirigida a su discípulo A. Meillet, hizo una confesión reveladora: "... en último análisis, el lado pintoresco de una lengua hace que ésta difiera de las demás como propia de cierto pueblo, con ciertos orígenes; este aspecto casi etnográfico reviste para mí un particular interés" (Carta fechada en 1894: Benveniste, 1964).

En el mismo sentido cabe mencionar la hipótesis conocida como Sapir-Whorf que sugiere, en términos semejantes a los anteriores, que a cada lengua natural corresponde una cosmovisión específica. "Como resultado, los hablantes de distintas lenguas naturales verán al mundo de manera diferente y emitirán juicios diferentes, incluso contradictorios, sobre él" (Israel, J. 1981: 120). La hipótesis Sapir-Whorf plantea, en suma, una homología entre las estructuras de la lengua y las estructuras mentales de la comunidad de hablantes de la misma.

⁸ "O svjazi grammatičeskogo roda s mirosoczercaniem i nastroeniem ljudej, govorjascich jazykami, razlicajuscimi rod". "Sobre la relación del género gramatical con la visión del mundo y el estado de ánimo de las personas que hablan la lengua y distinguen el género". Título citado en E. Ferrario, 1977.

Podríamos ampliar la lista de autores que, directa o indirectamente, han reforzado lo que llamé la centralidad lingüística de las teorías nacionalistas, pero creo haber ilustrado con estos ejemplos, el fuerte arraigo de la asociación conceptual e ideológica entre una lengua y los modos idiosincráticos de pensamiento o la cosmovisión de sus hablantes. En este sentido, se puede decir que las reflexiones filosóficas sobre el lenguaje, elaboradas a lo largo de los siglos XVIII y XIX, tienen su correlato en las contemporáneas teorías sociales y lingüísticas que describen a la lengua en términos de sistema monolítico, *único*, subyacente a la diversidad de los usos verbales.

Ante este avasallador consenso intelectual e ideológico, no resulta extraño que en el corpus de los estudios sobre el nacionalismo predomine la idea de la lengua *única* como rasgo distintivo de una comunidad nacional.

En las concepciones sobre la lengua nacional se confrontan entonces dos tendencias epistemológicas contrapuestas: aquella que pone el acento en un creciente monolitismo lingüístico -la lengua es *única* como el Estado es *uno*- es, finalmente, la más difundida y la de mayor aceptación; otra corriente -que no forma parte aún del catálogo de las ideas recibidas- reconoce que toda lengua está atravesada por una estratificación interna: la pluralidad discursiva. Es esta segunda orientación, que podríamos llamar una emergente teoría social de la lengua, es justamente la que me parece más apropiada para explorar el complejo problema del papel del lenguaje en la construcción social del *sentido de pertenencia*.⁹ Sin lugar a dudas quien ha polemizado con mayor agudeza y brillantez con la primera orientación señalada más arriba, es Mijaíl Bajtín (véase particularmente, Voloshinov, 1976 y Bajtín, 1989). Este pensador inclasificable, fuera de lo común, a la vez humanista y científico, dedica en particular al problema de la "lengua nacional unitaria" unas cuantas páginas pero que son, sin embargo, sumamente penetrantes y sugerentes. En un ensayo escrito entre 1934 y 1935, "La palabra en la novela", que se propone dilucidar el papel del lenguaje en la creación verbal, -en un discurso artístico particularmente: la novela- establece un fuerte debate con las corrientes de estudios lingüísticos y literarios dominantes en la época. Los estudios literarios del mo-

⁹ Recordemos que esta problemática de la pertenencia a distintos núcleos y grupos sociales que conforman la macro comunidad nacional -familia, comunidad religiosa, oficios o grupos socio-profesionales, organizaciones partidarias u otras- ha sido formulada tradicionalmente en términos de identidades grupales o colectivas.

mento, son para él un "arte de cámara" porque se ubican al margen e ignoran completamente "la vida social de la palabra fuera del taller del artista: la palabra de los anchos espacios de las plazas públicas, de las calles, de las ciudades y aldeas, de los grupos sociales, de las generaciones y de las épocas" (Bajtín, 1989: 77). En lo que concierne a las ideas dominantes en las teorías del lenguaje, Bajtín se opone a la concepción de una lengua nacional única como algo ya dado, preexistente. Por otra parte, esta supuesta unidad es relativa ya que: "en cada momento histórico de su vida ideológico-verbal, la lengua se presenta como pluridiscursiva y pluriacentuada..." (Ponzo 1980: 195). En otras palabras, las lenguas nacionales no son del todo monolíticas y más que ejercer un "imperativo abstracto", están profundamente marcadas por la pluridiscursividad, esto es, por una estratificación discursiva en dialectos y en diversos lenguajes ideológico-sociales: géneros discursivos, "lenguajes" profesionales y aún generacionales etcétera (véase Bajtín 1982).¹⁰ Recordemos que según Bajtín, el lenguaje se encuentra "saturado ideológicamente". Esta premisa angular de su pensamiento impide cualquier reducción del lenguaje "a un sistema de categorías gramaticales abstractas" (Bajtín 1989: 88).

En suma, este acento en la pluralidad social y discursiva no sólo pone al descubierto la variedad y multiplicidad de los usos del lenguaje en diversas prácticas sociales. La estratificación discursiva inherente a las lenguas no es tampoco, un simple espacio de co-habitación de distintos lenguajes ideológico-sociales. Entre esos lenguajes se establece una permanente negociación del sentido con un carácter marcadamente ideológico. La interacción e interpenetración constante de lenguajes crea un campo de relaciones de sentido que podríamos denominar -poniendo en relación dos términos centrales en Bajtín- *pluridiscursividad dialogizada*.

Decíamos que Bajtín puso las bases de una "teoría social del lenguaje" pero, en realidad, sus elaboraciones conceptuales rebasan el dominio propiamente lingüístico o el literario. Proponen una interpretación omnicomprendensiva de la historia, la sociedad y la cultura, basada en sólidos principios éticos y estéticos.

¹⁰ Estas ideas contrastaban agudamente con las teorías lingüísticas forjadas por la versión stalinista del marxismo. Según A. Ponzo (1980: 193 y ss.), Bajtín realiza una crítica *ante-litteram* a las tesis de Stalin sobre la lengua nacional. J. Gabayet (1992: 3) sugiere en cambio, que al chocar deliberada y abiertamente con las tesis oficiales, las teorías bajtinianas representan una forma de "combate específico en contra del totalitarismo."

Las coordenadas del sentido: las identidades

No es este el lugar para proceder a una revisión crítica de las aportaciones teóricas bajtinianas. En mi opinión, ciertas categorías fundamentales como heteroglosia, pluralismo discursivo, dialogismo etcétera, han producido un verdadero sacudimiento en el orden, por demás confortable, de las ideas comúnmente aceptadas en ciencias sociales y humanas. Ya referimos el distanciamiento crítico de Bajtín ante la noción de lengua única. Enseguida propondremos posibles líneas de desarrollo de este sugerente impulso teórico en relación al complejo problema de la construcción social del sentido de pertenencia. Debo asumir, de entrada, la entera responsabilidad que me corresponde por la apropiación -que se pretende creativa- de las tesis bajtinianas sobre el lenguaje y la sociedad. No me mueve otro propósito que el de señalar ciertas direcciones en el estudio de la construcción del sentido de pertenencia: las identidades sociales.

Retomaré de entrada un señalamiento ya sugerido anteriormente: las teorías contemporáneas del lenguaje pasan por alto un hecho fundamental, la pluralidad socio-discursiva: los usos de la lengua no son únicamente actos de habla, son formas concretas de interacción social. El lenguaje no es solamente un medio de comunicación que permite compartir un conjunto de experiencias colectivas; tampoco es un mero instrumento plástico que expresa la insondable profundidad de la vida interior. A través del intercambio discursivo, en los distintos campos de las prácticas sociales, se establece un peculiar tejido simbólico discursivo entre los miembros de una comunidad. La interacción socioverbal produce una densa *textura* de imágenes, símbolos y discursos en la que se conforman valores, se construyen una serie de representaciones e imaginarios sociales. Vale la pena reiterarlo: más que un fenómeno de actualización o de puesta en funcionamiento de un *sistema único*, los usos de la lengua constituyen, a través de una amplia gama de actos de interacción discursiva, el tejido social mismo, la propia cultura.

Por otra parte, es necesario precisar que en las sociedades complejas de nuestro tiempo, los roles que jugamos en tanto actores sociales -en otras palabras, las identidades individuales y colectivas que asumimos cotidianamente- no se establecen mecánicamente, por el concurso de una serie de determinaciones económicas o de otra índole. Se definen más bien, progresivamente, a lo largo de una

incesante cadena de interacciones dialógicas entre las distintas esferas de la práctica social. El *sentido de pertenencia* se elabora sutilmente a través de múltiples relaciones dialógicas que establecen entre sí los miembros de grupos sociales, profesionales, y también a través de la interacción con otras comunidades. La noción de dialogismo¹¹ -y otro término cognado: dialogicidad- derivada del pensamiento bajtiniano, permite pensar el proceso de construcción de un *sentido de pertenencia*, las identidades, sin recurrir necesariamente, a antinomias del tipo: individuo vs. grupo. Con este soporte teórico-conceptual, podemos muy bien representarnos una subjetividad que no sólo es "permeada", sino constituida como tal, por una serie de experiencias grupales, colectivas. Del mismo modo, las sociedades contemporáneas, a la luz de esta noción, aparecen ya no como un compuesto o una mera adición de individuos, sino como un delicado *tejido* de porosas capilaridades simbólico discursivas. Las identidades colectivas como construcciones de sentido, como *texturas* o configuraciones de símbolos y discursos, reelaboran también, aquellas experiencias que habitualmente se consideran como el reducto inaccesible de la intimidad: la ensoñación, el deseo, la esperanza, los temores, las aprensiones, los atavismos. En suma, la noción de dialogicidad promueve un desplazamiento epistemológico que franquea las oposiciones, aparentemente irreconciliables, de términos como identidades subjetivas *versus* identidades colectivas.

Imaginario social y construcción de identidad

"Buscad primero el reino político": los nacionalistas harán el estado y el estado hará la nación.

CLIFFORD GEERTZ

A lo largo del texto he señalado la necesidad de analizar, específicamente, una dimensión básica del proceso cultural de los nacionalismos: esa parte "ideal de lo real" que son las representaciones

¹¹ Un término central en el pensamiento de Bajtín: pone de relieve el peso específico que nuestro autor atribuye al diálogo en la interacción humana. Designa en particular, las relaciones de sentido entre enunciados en un proceso de comunicación discursiva, pero su alcance es mucho más amplio. Para M. Holquist (1990: 15) es una noción que caracteriza la totalidad del pensamiento de Bajtín. Un pensamiento filosófico que Holquist describe como "una teoría del conocimiento orientada pragmáticamente."

mentales de los grupos humanos. Habrá que insistir, con Gellner y Hobsbawm, en la "parte de artefacto, de deliberada invención y creación aplicadas a lo social en la génesis de las naciones" (Hobsbawm, 1992: 20). En mi opinión, esta creatividad de los imaginarios sociales no debe restringirse al momento de formación o génesis. Me parece que al abordar ese "plebiscito cotidiano que es una nación" -según la célebre fórmula de E. Renan-, no estamos ante una orden de cosas ya dado, acabado. El *sentido de pertenencia*, que habitualmente se denomina identidad nacional, es más bien un proceso de incesante creación y recreación.

A lo largo de dicho proceso de organización del sentido, se conforman sistemas de referencia: las representaciones sociales. No está de más señalar, en este punto, que buena parte de los materiales que componen esas complejas construcciones culturales-cognitivas que designamos como representaciones sociales de la Nación, son materiales simbólico-verbales: imágenes y discursos. Ciertas disciplinas -como la psicología social- que introducen el concepto de representación social,¹² ponen de relieve su aspecto cognitivo: modelos representativos de la realidad, modos de construcción de mundos sociales, etcétera. Otras -como la sociología o la etnología- se ocupan fundamentalmente de su impacto en la acción social: ¿de qué modo las visiones y representaciones de la realidad determinan, a la vez, un ethos y una práctica social? Mi aproximación a la cuestión de las identidades nacionales pretende conciliar ambas preocupaciones: ¿en qué medida los procesos de construcción de identidades colectivas, nacionales, conforman simultáneamente parámetros de acción social?

Las representaciones sociales: he ahí otra noción fundamental para explorar "desde abajo" las múltiples dimensiones de las identidades nacionales. Poner de relieve esta especificidad socio-cultural, marcada históricamente, de los nacionalismos es el reto que pretendo asumir en las siguientes páginas. En distintas ocasiones he sugerido que las identidades nacionales son, ante todo, una *creación* de la cultura moderna. Estas identidades, estos *sentidos de pertenencia* se formulan e interpretan en función de las particularidades culturales de cada grupo social. "Más que una doctrina política, el nacionalismo es una *forma de cultura* -una ideología, un lenguaje, mitología, simbolismo y conciencia- que ha adquirido una resonancia

¹² Sobre los usos y "aplicaciones" del término, véase D. Jodelet (1986 y 1991) y R. Farr (1986).

global, y la Nación es un tipo de identidad cuyo significado y prioridad está presupuesta por esta forma de cultura" (A. Smith, 1991: 92). Con la aparición de las naciones, en la historia moderna, se iniciaron complejos movimientos socio-culturales que subsumieron diversidades y particularismos regionales, bajo formas centralizadas de cultura y control políticos. Vale la pena referir brevemente, los principales momentos e interpretaciones de este importante proceso sociocultural, histórico.

Los materiales del imaginario nacionalista

En un libro publicado recientemente, *National Identity* (1991), su autor, Anthony Smith, cita dos influyentes estudiosos del nacionalismo: E. Gellner (1964) "Nacionalismo no es el despertar de las naciones a la autoconciencia; *inventa* las naciones ahí donde no existen -aunque requiere de algunos rasgos distintivos pre-existentes con los cuales trabajar, así sean puramente negativos". Refiere también la caracterización de E. Kedourie (1960): "El nacionalismo es una doctrina *inventada* en Europa en los comienzos del siglo diecinueve" (las cursivas son nuestras). Dispuesto así, el marco de la polémica, Smith toma, a su turno, la palabra: "...definiré el nacionalismo como un movimiento ideológico orientado a alcanzar y mantener la autonomía, unidad e identidad a nombre de un pueblo y conducido por algunos de sus miembros, para constituir una 'nación' actual o potencial" (Ibid.: 72-73). Cabe señalar que la formulación de Smith no recupera una noción sugerida por los autores citados y que es, a todas luces, central en la problemática de los nacionalismos: me refiero a el momento de *creación* o *invención* de una nación, en un espacio y tiempo determinados.¹³

Las condiciones del surgimiento del nacionalismo han sido estudiadas con relativa amplitud. A lo largo de sus variantes históricas aparece un tópico reiterado: el nacionalismo apela a los sentimientos

¹³ El término invención aparece cada vez con mayor frecuencia en los trabajos sobre el nacionalismo y las identidades colectivas. Este es el caso del bello título, *The Invention of Tradition*, publicado por E. Hobsbawm y T. Ranger (Cambridge: 1983). En el mismo sentido, cabe mencionar el libro de B. Anderson, *Imagined Communities* publicado el mismo año (Londres: 1983). La idea de la "Nación como creación" se encuentra ya presente en el excelente estudio de E. Marienstras (1977) sobre los mitos fundadores de los Estados Unidos de Norteamérica. Entre nosotros, Roger Bartra (1987) habla de "lo mexicano" como construcción imaginaria, en ese libro sumamente estimulante que es *La Jaula de la melancolla*.

de pertenencia y arraigo a una comunidad conformada territorial e históricamente. El nacionalismo empieza a conformar su enorme "reservorio" de símbolos y discursos hacia fines del s. XVII e inicios del XVIII. El lenguaje y la simbología que encontramos en Rousseau y en Herder, estaban ya presentes en Lord Shaftesbury (1671-1713), autor de *Characteristicks of Men, Manners, Opinions, Times* (1711). Todo parece indicar que, hacia los inicios del siglo dieciocho, las ideas de "genio" o "carácter nacional" se encuentran ya formuladas en las atmósferas culturales de Inglaterra. En una obra de Jonathan Richardson titulada *An essay on the Theory of Painting* (1725) se recurre a un procedimiento que, más tarde, será arquetípico en los teóricos y propagandistas del nacionalismo: se trata de la exaltación del "carácter nacional" ante el telón de fondo de los logros históricos de la Antigüedad griega y romana. "Una altiva resolución, el amor a la libertad, la honestidad y simplicidad entre nosotros, que heredamos de nuestros ancestros, y que nos pertenece en tanto ingleses: en esto consiste la semejanza"¹⁴. Se trata, sin duda, de una "precoz" exaltación de sentimientos nacionalistas. Pero estas ideas, hay que decirlo, no son sólo producto de una creación individual. La anticipación conceptual de estos ancestros ideológicos se enmarca históricamente en las peculiares condiciones económico políticas de la Inglaterra del s. XVII. Sin duda, la revolución puritana condensó sentimientos de afirmación y orgullo que experimentaron los habitantes de este país, que para entonces ya habían asumido un papel de vanguardia ante la Europa de su tiempo. Precisamente en este contexto histórico, John Milton (1608-1674) escribió su famoso poema épico, *El paraíso perdido*, al tiempo que desarrollaba una intensa campaña periodística en defensa de las libertades políticas y religiosas. El papel protagónico de Inglaterra en los distintos planos del conocimiento científico, en las finanzas y el comercio, propició esa peculiar confianza en sí mismos que tuvieron estos pensadores e hizo posible además, la formulación de agudas y penetrantes teorías políticas. La filosofía de John Locke (1632-1704) es un claro testimonio en este sentido. Su *Ensayo sobre el entendimiento humano* (1690), contribuyó a forjar y extender la nueva fe en la razón tan típica del pensamiento iluminista. Se ha sugerido que este libro influyó ampliamente, en los ideólogos que defendieron las causas de la independencia estadounidense y la revolución francesa. En fin,

¹⁴ En lo que concierne a Shaftesbury y Richardson, véase A. Smith 1992, pp. 72 y ss.

Locke contribuyó a la formación de los ideales de emancipación nacional como vías legítimas para alcanzar el progreso universal y sus promesas: prosperidad material y ampliación de derechos y libertades.

Con este breve recuento de obras y autores no pretendo iniciar un deslinde sobre la paternidad de las ideas o trazar las líneas de evolución del léxico del nacionalismo. Procuero insinuar, en cambio, cómo la condensación simbólico discursiva que aparece en ciertos textos de la época debe atribuirse a un clima intelectual, a las atmósferas culturales de una sociedad en la que aparece, cada vez con mayor fuerza, la figura centralizadora y aglutinante del Estado.

El aquí y ahora

El sentimiento nacionalista ha pasado, ya lo vimos, por etapas históricas de gran exaltación; en la actualidad, estos sentimientos se encuentran profundamente afectados por los espectaculares reajustes en la lógica de los intercambios económicos, políticos y sociales de este fin de milenio. Los excesos racistas, barnizados de profundo nacionalismo, de un Le Pan en Francia, o las pasiones desatadas en la ya desintegrada Yugoslavia -más que dirimir reclamos étnico nacionales parecen ajustes de cuentas étnico tribales- son una prueba palmaria de ello. En cualquier caso el nacionalismo registra ya, según Habermas (1989), un desgaste pronunciado en su capacidad de convocatoria y una marcada erosión en su potencial de "conformar mentalidades". En el horizonte de la "posmodernidad" emergen nuevos modos de construcción del sentido de pertenencia a una Nación, que se apartan, radicalmente, de aquella centralidad político-cultural fincada en la figura del Estado-Nación. Se trata pues de un cambio en los modos tradicionales de construcción de identidades nacionales que ya no se circunscriben a un ámbito histórico o territorial sino que son cada vez más sensibles a otros reclamos: la "globalización" de los derechos humanos, la universalización de los sistemas democráticos en las distintas regiones del planeta.¹⁵ Estas

¹⁵ Las invocaciones al propósito de instaurar el reino de la democracia en este mundo, por parte de aquellos que se autoproclaman celosos guardianes de la libertad, tienen mucho de agumentación demagógica. Con frecuencia detrás de la prédica que dice reconocer la legitimidad del disenso y el pluralismo, se esconden en realidad los 666 rostros de la bestia de la intolerancia, la xenofobia y el autoritarismo. Bajo la promesa de acceder al edén de las

"identidades post-nacionales" se disocian a su vez, "... de ese trasfondo de un pasado centrado en términos de historia nacional" (Habermas 1989: 94).

Contribuye sin duda a esta mutación de las identidades tradicionales un fenómeno cultural reciente: en las sociedades contemporáneas parece arraigarse, cada vez con mayor fuerza, el dominio de aquellas interpretaciones de la realidad formuladas por las tecnologías comunicativas. Pero no debemos confrontar estas nuevas realidades socioculturales con un ánimo fatalista. Las apreciaciones de Habermas me sugieren que bajo la aparente uniformidad de la versión *mediática* de las realidades sociales, se da una intensa y multi-variada circulación de imágenes y discursos que, inevitablemente, familiarizan la mirada de los destinatarios... con una "asincrónica pluralidad de formas de vida diversas" (Habermas; 1989 : 97). Este pluralismo de imágenes, lenguajes, estilos y modos de vida, a escala global, tendrá sin duda profundas repercusiones en la elaboración del *sentido de pertenencia*.

Ahora bien, cuando digo que la cultura del nacionalismo conserva aún plena vigencia pero se encuentra comprometida, simultáneamente, en un proceso de intensa reelaboración, no pretendo imprimirle al problema un carácter puramente culturalista. Es necesario insistir en el hecho: el sentido de pertenencia a una Nación involucra, indefectiblemente, una identificación con una comunidad -ya lo dijimos- a la vez *política y cultural*. "Una comunidad política implica a su vez al menos algunas instituciones comunes y un código compartido de deberes y derechos para todos los miembros de la comunidad" (Smith 1991: 9). Señalemos que no todas las naciones siguen un proceso único de formación. Contrariamente a lo que nos sugiere la tradición de estudios del fenómeno, marcadamente eurocentrista, el proceso de construcción de una Nación no puede reducirse a la aplicación de unas cuantas fórmulas, tomadas aquí y allá, del federalismo norteamericano, el republicanismo francés o el parlamentarismo inglés. Describir las naciones y los nacionalismos como un conjunto de formaciones canónicas, y sus consecuentes desviacio-

libertades en la Tierra, al parecer se cierne la amenaza de un nuevo fundamentalismo a gran escala, el "fundamentalismo democrático". Profundamente hostil ante cualquier desviación ante los cánones erigidos por una visión autocomplaciente de la historia. Este término, "fundamentalismo democrático", un aparente contrasentido, fue acuñado durante un intercambio de ideas, por un colega -L. Lorenzano- dotado de un irreductible espíritu libertario. *Raris avis* en nuestros tiempos de mudanzas posmodernas.

nes, es una simplificación extrema del problema. Sin embargo, a nivel de las ideas comunes, de las representaciones sociales de la Nación, podemos encontrar una serie de rasgos socioculturales compartidos: la idea del terruño, la idea de patria, el lugar de la tradición y la herencia de los ancestros. Este "catálogo" de representaciones sociales compartidas por las naciones modernas puede resultar de gran utilidad en el estudio de las identidades nacionales.

La topografía de los nacionalismos**

El modelo "cívico", predominante en la concepción occidental del nacionalismo, tiene ciertos rasgos constitutivos: en primer lugar, la idea de una inscripción espacial o territorial. Los pueblos identifican un espacio como propio de un modo singular: los confines de cierta geografía no representan únicamente una porción de tierra sobre la que pretenden ejercer sus derechos de propiedad. El "terruño" es una especial configuración espacio-temporal, un *cronotopo*, que imprime un particular sentido a un cúmulo de experiencias históricas compartidas y que se transmite a través de una cadena de generaciones. En esta visión de las cosas el territorio es, propiamente, el crisol en el que se han forjado una serie de vidas ejemplares, héroes, hombres sabios o santos, mártires civiles o religiosos. Se trata en fin de un conjunto de lugares asociados en la *memoria colectiva* con una serie de hechos históricos que marcaron profundamente determinada comunidad. Por ello, en torno al conjunto de sitios consagrados por la tradición, se ejerce la recelosa vigilancia de la "soberanía". Otro ingrediente fundamental del modelo occidental de nación, según A. Smith (1991: 10), es la idea de *patria*: "una comunidad de leyes e instituciones en torno a una misma voluntad política". No menos importante como un elemento aglutinador de la nacionalidad es la convicción de que todos los miembros de una comunidad disfrutan, en principio, de igualdad de derechos políticos y legales. Compartir un mismo régimen de derechos y obligaciones presupone que se ha conformado históricamente, en la comunidad nacional, un núcleo duro de valores y tradiciones también compartida por la

** Este apartado es ampliamente tributario del minucioso y documentado estudio de A. Smith (1991), *National Identity*. Su libro resume, con una lucidez extrema, una obra de reflexión nutrida a lo largo de varias décadas y plasmada en una serie de títulos fundamentales (Véase, por ejemplo, A. Smith, 1971, 1973, 1976, 1979, 1983, 1986).

población. "Territorio histórico, comunidad político-legal, igualdad político-legal de sus miembros y una cultura e ideología comunes; estos son los componentes del modelo occidental estándar de nación." (1991: 11)

Habría que añadir enseguida que estos "ingredientes" básicos en las representaciones sociales de la nacionalidad, se encuentran aún presentes en sistemas políticos que no son propiamente occidentales. En ciertas variantes de los nacionalismos de Europa del este o de algunos países de América Latina y Asia, y que no responden en todos sus términos al modelo canónico occidental, parece predominar otra visión de la nación que A. Smith ha descrito como un modelo basado en la etnicidad.

El "modelo étnico" tiene una serie de rasgos constitutivos: inicialmente se basa en supuestos lazos comunes de descendencia. La nación se concibe como una gran familia, cuyos miembros pueden incluso encontrar en sus respectivas genealogías ancestros comunes. En esta versión, de corte tradicionalista, subyace la idea de una comunidad nacional cimentada en una especie de *etnicidad política*. En torno a la noción de "etnia" existen dos líneas de argumentación marcadas y contrapuestas; la primera concibe la etnicidad desde un punto de vista biológico: el conjunto de rasgos que distingue una etnia es el resultado de un proceso de selección genética. La segunda posición: "La pertenencia a un grupo étnico es un asunto de actitudes, percepciones y sentimientos que son necesariamente difusos y mutables, cambiantes, en función de la situación particular del sujeto". Estas caracterizaciones oscilan entre cierto determinismo biológico y un marcado relativismo. Ante tales extremos se impone, por cierto, una posición mediadora: "un grupo étnico es cierto tipo de colectividad cultural que enfatiza el rol de los mitos de descendencia y la memoria histórica y que es reconocido por una o más diferencias culturales como religión, costumbres, lenguaje o instituciones" (1991: 20).

De modo que, a diferencia del modelo canónico occidental -que otorga un lugar privilegiado al corpus de leyes y normas constitucionales- las versiones del nacionalismo centrado en la etnicidad, confieren un estatuto privilegiado a las costumbres, el folklore, las variantes dialectales y en fin a la cultura vernácula de una comunidad nacional. Esta preeminencia del componente "etnicidad" en el "modelo de nación" explica, parcialmente, el florecimiento cultural ma-

nifiesto en los estudios del folklore, las literaturas populares y el desarrollo de disciplinas como la filología y la lingüística descriptiva, en algunos países de Europa del Este que transitaban, no sin desgarraduras, hacia la modernidad.

En relación a este catálogo de ideas comunes no hay que perder de vista que "todo nacionalismo contiene de hecho elementos cívicos y étnicos en distintas formas y grados. A veces predominan los elementos cívicos y territoriales; otras, se enfatizan los componentes étnicos y vernaculares" (Smith; 1991: 13).

Si bien es posible encontrar una serie de rasgos comunes, las configuraciones simbólicas discursivas del nacionalismo son fundamentalmente proteicas: pueden sustentarse en, o fusionarse con, otras formas de identidad colectiva, religiosas, étnicas o de clase. Constituyen en suma, realidades multidimensionales. Las singularidades culturales y las experiencias históricas de la comunidad nacional, contribuyen en buena medida a esta especificidad.

Identidad, alteridad, postmodernidad

Cuando se hunden hábitos seculares, cuando desaparecen modos de vida, cuando se evaporan las viejas solidaridades, es fácil por cierto, que se produzca una crisis de identidad.

C. LÉVI-STRAUSS

Los reclamos que esgrimen, en la actualidad, las reivindicaciones nacionalistas, en Lituania, en Georgia o en el país vasco, aluden claramente a diferencias y diferendos de innegable carga histórica pero al mismo tiempo subrayan -lo que es más visible, ostensible- peculiaridades étnicas o lingüístico-culturales. Atrás de esos reclamos autonomistas, de distintas tonalidades étnico-nacionales, me parece percibir una angustiada lucha por asegurar la viabilidad colectiva, fundamentalmente económica, en la vorágine de modernización que sacude al mundo entero. Se trata de obtener el mayor partido de los recursos naturales y humanos, las circunstancias territoriales, la ubicación geopolítica. Ante la creciente reducción en la disponibilidad de capitales y tecnología avanzada, se pretende, en suma, alcanzar un puesto -aunque sea subsidiario- en el "reducido espacio de la economía global" fórmula por demás paradójica.

Los recientes acontecimientos en lo que fue la Unión Soviética -ese conjunto abigarrado de lenguas, culturas y religiones que ahora reclaman su propio derecho a la singularización territorial y política- revelan con todo su crudo dramatismo, este dilema de la viabilidad colectiva en un mundo cambiante. Ponen de relieve también, la fuerza persistente de la inventiva y la creatividad de esta forma de cultura moderna que son los nacionalismos.

El desmembramiento estrepitoso de la URSS fue motivado, en parte, por un desgaste pronunciado de los reclamos simbólico-discursivos que esgrimía el totalitarismo ideológico del PCUS. Con las reformas emprendida por la *Glasnost* y la *Perestroika*, el vetusto aparato de legitimación y elaboración simbólico-discursiva crigido desde el estalinismo sencillamente dejó de funcionar. La visión monolítica de la realidad asegurada, en alguna medida, por el dominio ideológicamente omnisciente del mundo del PCUS, ha sido sustituida por una multiplicidad de visiones -de dominante religiosa, étnico-cultural, ruso-imperialista, monarquista etcétera- que se contraponen y se fusionan entre sí.

Podemos referir una serie de hechos reveladores de esta aguda confrontación de imágenes, símbolos y discursos: En la movilización social que siguió al golpe de estado promovido por los nostálgicos del viejo orden, reaparecieron en la plaza pública las ceremonias litúrgicas de las tres religiones dominantes en la actual C.E.I. En los funerales de tres jóvenes mártires de la resistencia moscovita, un judío, un musulmán y un cristiano ortodoxo, se fusionaron los rituales religiosos respectivos. Sin embargo, no debemos apresurarnos a leer en este acto, profundamente simbólico, un "reencantamiento" de la secularidad de la esfera social y política de la entonces URSS. El uso simbólico y profano al que se sometió la imaginación y los ritos del cristianismo ortodoxo, el judaísmo y el islam, trasciende, en mi opinión el dominio de lo religioso propiamente dicho. La aparición de popes, rabinos y ulemas en la plaza pública, no presagia fatalmente, un retorno subrepticio a formas arcaicas de sometimiento o una entrega incondicional a los representantes de la verdad revelada. Más que una vuelta a la religión, se trata de una especie de "exorcismo" colectivo ante *un* orden y *una* "versión de la realidad" impuestos a lo largo de varias décadas. Se trata, más bien, de un acto colectivo de afirmación, a la luz del día y en el espacio público, de la singularidad y la diferencia. Todo ello a través de la refuncio-

nalización de formas simbólico-discursivas tradicionales, la oración a los difuntos, el *kadish* o la lectura del Corán. Ahora bien, en esta re-apropiación de las formas de religiosidad, oficiales o populares, tienen cabida las representaciones y las esperanzas mesiánico-milenaristas que, sin duda, veremos resurgir y asumir mil formas, en este fin de siglo. Una expresión más, de la gran incertidumbre y perplejidad sociales ante las súbitas e imprevisibles transformaciones del "nuevo orden mundial".

La espectacular reemergencia de las reivindicaciones nacionales y la reanudación brutal de viejas disputas étnicas en el mundo contemporáneo, no puede describirse simplemente, como una aspiración colectiva al restablecimiento de viejos sistemas monarquistas, fundamentalistas u otros. En esta espesa floresta simbólica que son los tiempos post-modernos, más que percibir una mirada nostálgica al pasado en los grandes movimientos sociales de la actualidad, me parece que asistimos más bien, a un proceso de reinterpretación y recomposición profundas de los referentes simbólicos tradicionales que conformaron las identidades individuales y colectivas. En todo caso, la sutil *infratextura* de referentes simbólico-discursivos que se teje en las sociedades de nuestro tiempo, apela tanto a formas político-culturales tradicionales como a las proteicas realidades del mundo contemporáneo. Los asombrosos vuelcos de nuestro presente no revelan sino una intensa actividad de creación y reelaboración en el plano de las representaciones y los imaginarios sociales. Sin duda, el dinámico proceso de recomposición de identidades individuales y colectivas es uno de los rasgos característicos del tránsito en el que se encuentran las sociedades y las culturas en la actualidad. Estas nuevas realidades exigen de los investigadores un esfuerzo suplementario para describir, concretamente, las mutaciones e hibridaciones del *sentido de pertenencia*.

Bibliografía

Bajtín, M.: *Estética de la creación verbal*, Siglo XXI, México, 1982.

Teoría y estética de la novela, Taurus, Madrid, 1989.

Bartra R.: *La jaula de la melancolía: Identidad y metamorfosis del mexicano*, Grijalbo, México, 1987.

Bastide, R.: *El prójimo y el extraño*, Amorrortu, Buenos Aires, 1973.

- Benveniste, E.: "Lettres de F. de Saussure à Antoine Meillet", *Cahiers Ferdinand de Saussure*, 21, 1964, p. 65.
- Charachidzé, G.: "L'Empire et Babel: les minorités dans la perestroïka". En *Le genre humain*, otoño 1989: *Face aux drapeaux*, Seuil, París, 1989, pp. 9-36.
- Farr, R.M.: "Las representaciones sociales". En S. Moscovici, 1986.
- Ferrario, E.: *Teoría della letteratura in Russia 1900-1934*, Editori Riuniti, Roma, 1977.
- Gabayet, J.: "La teoría crítica del lenguaje de Mijaíl Bajtín y su relación con la cuestión nacional en la ex- URSS", en *Critiques de l'économie politique* (en prensa) 1992.
- Gellner, E.: *Thought and Change*, Weidenfield & Nicholson, Londres, 1964.
- La interpretación de las culturas*, Gedisa, México, 1987.
- Cultura, identidad y política: el nacionalismo y los nuevos cambios sociales*, Gedisa, Barcelona, 1989.
- Naciones y nacionalismo*, México: Editorial Patria / Conaculta, colección Los Noventa, 1991.
- Habermas, J.: *Identidades nacionales y postnacionales*, Tecnos, Madrid, 1989
- Hobsbawm, E.: *Nations and nationalism since 1780* (Cambridge: 1990). Trad. fran. *Nations et nationalisme depuis 1780*, Gallimard, París, 1992.
- Holquist, M.: *Dialogismo: Bakhtin and his world*, Routledge, Londres y Nueva York, 1990.
- Humboldt von, W.: *Sobre la diversidad de la estructura del lenguaje humano y su influencia sobre el desarrollo espiritual de la humanidad*, Antrophos y Ministerio de Educación y Ciencia, Barcelona, 1990.
- Israel, J.: "Relativismo cultural y la lógica de la lengua". En *Diógenes* No. 113-114, UNAM, México, 1981, pp.11-129.
- Jodelet, D.: "La representación social: fenómenos, concepto y teoría." En S. Moscovici 1986.
- Les représentations sociales*, Presses Universitaires de France, 2a. edición actualizada, París, 1991.
- Lafaye, J.: *Quetzalcóatl y Guadalupe: La formación de la conciencia nacional en México*, F.C.E., México, 1977.
- Kedourie, E.: *Nationalism*, Hutchinson, Londres, 1960.
- Kolakowski, L.: *La presencia del mito*, Amorrortu, Buenos Aires, 1975.
- Mariénstras, E.: *Les mythes fondateurs de la nation américaine*, François Maspero, París, 1977.

- Merker, N. y L.: Formigiari *Herder Monboddo: Linguaggio et società*, Laterza, Roma y Bari, 1973.
- Moscovici, S.: *Psicología social II*, Paidós, Barcelona, 1986.
- Ponzio, A.: *Michail Bachtin: alle origini della semiotica sovietica*, Dedalo libri, Bari, 1980.
- Smith, A.: *Theories of Nationalism* (2a. ed. 1983), Harper & Row, Londres y Nueva York, 1971.
- Nationalism: A trend report and Annotated Bibliography*, *Current Sociology* 21, no.3. Mouton, La Haya, 1973.
- Nationalist Movements* (comp.), Macmillan, Londres, 1976.
- Nationalism in the Twentieth Century*, Martin Robertson, Oxford, 1979.
- State and Nation in the Third World*, Harvester Press, Brighton, 1989.
- The Ethnic Origins of Nations*, Blackwell, Oxford, 1986.
- National Identity*, Penguin Books, Londres, 1991.
- Todorov, T.: *Nous et les Autres*, Seuil, Paris, 1989.
- Voloshinov, V.N./Bajtín, M.M.: *El signo ideológico y la filosofía del lenguaje*, Ediciones Nueva Visión, Buenos Aires, 1976.